

El Papa y su Curia

Estamos ante el final de un papado. Juan Pablo II ha sido un verdadero líder, no sólo para la Iglesia sino para la humanidad, con un grado muy notable de autonomía, índice de su anclaje trascendente. Notaremos un gran vacío cuando se vaya. Tenemos que recoger su legado para echar adelante tantas cosas y de tanta envergadura en las que ha actuado como representante eximio del Dios de Jesús.



El papado en la época de la mundialización

El anuncio del nombramiento de nuevos cardenales nos recuerda un problema estructural que nos parece perentorio aclarar para el bien de la Iglesia, de los cristianos, y también de la institución eclesiástica, es decir, de la expresión institucional del pueblo de Dios. Es el siguiente: la complejidad de la Iglesia actual es casi inabarcable. Nosotros pensamos que las Iglesias regionales (europea, latinoamericana, africana, asiáticas...) y nacionales tienen que asumir un papel mucho más protagónico ya que, si no hay catolicidad en la mera dispersión y coexistencia pacífica de las Iglesias locales, tampoco la hay cuando la homogeneidad impuesta hace imposible

que las distintas Iglesias funcionen desde sí mismas, en comunión con las demás y con el centro de comunión que es el episcopado romano.

Sin embargo, asentado esto, que fue una de las insistencias fundamentales e irrenunciables del Vaticano II, habría que afirmar complementariamente que en esta época de mundialización el papado tiene también un papel que no tenía en tiempos de historias particulares. Si el modo de ejercer el carisma de los sucesores de Pedro tiene que ver con los requerimientos de cada época, hoy que comienza a existir la historia universal, la Iglesia tiene que tener un centro de expresión de envergadura mundial. Claro está que no estamos proponiendo que el Vaticano se configure como una corporación multinacional que reduzca a las Iglesias regionales, nacionales y particulares a meras sucursales. Esto, que nadie ha planteado, anularía el catolicismo, por lo que esa Iglesia no sería así ya la de Jesucristo. Pero, salvando la legítima autonomía y la fisonomía específica de cada Iglesia regional, nacional y particular, hay que afirmar con el mismo vigor que también es preciso un centro que exprese la confluencia de dones y carismas y medie las particularidades y ayude eficazmente en la unidad de acción en iniciativas que cada vez serán más insoslayables. Es decir, estamos afirmando que hoy más que ayer es necesaria la existencia de un Vaticano con gran capacidad de interlocución, articulación y proyección. No somos de los que pensamos que el Vaticano debe disminuir. Al contrario, creemos que tiene que ponerse a la altura del tiempo en capacidad no sólo de articular lo que

el Espíritu dice a las Iglesias y de reaccionar ante lo que acontece en el mundo desde la perspectiva del evangelio del Reino, sino también de hacer propuestas para toda la Iglesia y para la humanidad.

El problema de los interregnos

Desde este presupuesto nace nuestra preocupación por la figura del Papa y su liderazgo en el Vaticano. Es claro que en una sana eclesiología el primado del sucesor de Pedro y su función de confirmar a sus hermanos en la fe recae en la persona del obispo de Roma y no en la curia romana. Ésta, insustituible, es auxiliar del Papa y no una burocracia que se reproduce a sí misma y actúa con toda la autonomía posible.

Pues bien, dada la complejidad de los problemas que debe afrontar, no es pensable que un obispo pueda llevar efectivamente las riendas de la Iglesia por mucho tiempo, aunque esté dotado de la fuerza del Espíritu, de un amor al mundo y a la Iglesia que le haga gustoso el trabajo, de una inteligencia preclara para percibir los asuntos y sagacidad para gerenciarlos, de un conocimiento notable de la Iglesia universal y del mundo que nos toca vivir, y de una salud a toda prueba.

No pretendemos establecer plazos fijos para su desempeño. Nuestra preocupación está en que, a diferencia de las épocas anteriores, en el siglo XXI es normal que se dé un lapso de tiempo sumamente largo entre el decrecimiento de la vitalidad de una persona y la duración de su vida. ¿Qué pasa cuando el Papa no tiene ya vitalidad para llevar los asuntos que le incumben,

pero todavía le queda vida para hacer algo? ¿Quién conduce en ese lapso la Iglesia? Antes el declive era rápido, y por eso no se planteaba este problema. Ahora, si todo sigue como va, lo ordinario va a ser que el tiempo en que el Papa conduzca la Iglesia será sensiblemente menor que aquel en que no puede tomar entre manos la mayor parte de las tareas asignadas a él. Esas tareas pasarán a manos de la curia. Esto es algo no contemplado en la Iglesia y no deseable. De seguir así, al cabo de pocas décadas, estaríamos en manos de una nomenclatura, que, aunque la imaginemos con la mejor de las intenciones, no puede no perder el sentido de su función y aun el sentido de realidad.

Todo el pueblo de Dios, los responsables de las Iglesias regionales, nacionales y particulares y por supuesto la propia curia vaticana, deben reflexionar con sencillez, con realismo, sin dramatizar, presuponiendo la buena voluntad de cada uno, sobre este fenómeno inédito. Todos debemos orarlo pidiendo espíritu de discernimiento para acertar. Es un asunto delicado que no puede ser tratado frívolamente. Nos atrevemos a tocarlo porque no tenemos especiales resquemores y porque vivimos en la Iglesia de Venezuela una época de colegialidad y deseo sincero de acertar. También lo tratamos porque es un asunto trascendente, insoslayable, que debe ser tratado perentoriamente para que no haya experiencias negativas que causen resentimientos y enconen los ánimos. Entonces será más imprescindible tratarlo, pero mucho más difícil hacerlo constructivamente.